

Unidos una ilusión semejante a la que encendió Rousseau en el siglo XVIII, cuando ya se empezaba a dudar de la suficiencia de la razón. La naturaleza nos salvará; sólo necesitamos conocer sus leyes. A las alarmas de los pensadores contestan los optimistas: «Perfectamente. Que los egoístas

se esterilicen. Así desaparecen de la Tierra».

Sólo que no se trata únicamente de los egoístas, sino de las clases intelectuales en general. Los que llevan la antorcha de las ideas desaparecen de la Tierra. La luz es recogida por los menos buenos, que a

su vez se irán borrando del planeta para dejar el paso a los peores.

Pero a ningún norteamericano se le permitiría la expresión de semejantes jeremiadas.

RAMIRO DE MAEZTU

(De *El Sol*, Madrid).

El pueblo es un niño...», parece que ha dicho Mussolini a una redactora del *Daily Express*. «El pueblo es un niño, al que hay que guiar, ayudar y aun castigar cuando sea necesario.»

¿No fué maestro de escuela, en sus años mozos, Benito Mussolini? Este concepto del pueblo como menor de edad debe llevar lógicamente a entender la obra política como una labor de educación. ¿Qué pedagogía aplicará hoy el antiguo preceptor, convertido en jefe del Gobierno y árbitro del Poder?

La pedagogía de la férula y el ricino es, ciertamente, una vetusta pedagogía. Toda la educación moderna está inspirada en la libertad. Respétase, cultivase la propia espontaneidad del niño. Hasta la disciplina exterior, la ley impuesta, necesaria, sin duda, no tiene valor pedagógico más que en la medida en que vayan despertando en el alma infantil el sentido de la norma interior, de la libre voluntad racional y moral. El niño debe ir formando y desarrollando su propia personalidad humana. Y el atributo de la personalidad es la libertad.

Si el pueblo fuera un niño, para la libertad debería ser educado.

* *

Pero Mussolini no cree en la libertad.

«La libertad no existe—ha dicho—ni existe cosa alguna que se le parezca...» A su juicio, la civilización es la antítesis de la libertad individual, y los que aspiren a los beneficios de la civilización deben pagarlos sacrificando, en parte, su libertad individual... «No existe la libertad más que en la fantasía de los ideólogos que sacan de las nubes su filosofía impracticable. La mía, por el contrario, está muy cerca del suelo...»

Todos estamos muy cerca del suelo. No podríamos vivir sin apoyar sobre él firmemente nuestros pies. Mas la cabeza se levanta hacia las nubes. El hombre es un animal erecto. Su dignidad consiste en que su frente se yergue hacia las nubes. Y, según lo que pasa por su frente, suele, tarde o temprano, modificar el mismo suelo que pisa. Venimos del polvo de la tierra; pero lo transformamos luego,

BOLCHEVISMO Y FASCISMO

El pueblo es un niño...

construyendo con su pobre arcilla la ciudad de nuestros pensamientos...

* *

La libertad, además, no está en las nubes.

Toda la obra de la civilización política en los dos siglos últimos ha consistido cabalmente en esta doble acción, sólo en apariencia contradictoria: de un lado, asegurar la cooperación social, y de otra parte, garantizar las libertades individuales.

Solidaridad no excluye libertad. No, no es la libertad una quimera que, como piensa Mussolini, hayamos de ofrendar en sacrificio sobre el ara de la civilización. A medida que la civilización ha pedido más al individuo en beneficio de la colectividad, más también ha respetado en él esa especie de círculo jurídico inviolable, esa como sagrada aureola que llamamos los derechos de la persona humana.

Desde 1793 a 1914 han ido marchando con pasos iguales lo que llamamos civilización y lo que llamamos libertad. Y si, después de 1914, con la guerra europea y la trasguerra, ha conocido quizás el mundo una crisis de libertad, también ha conocido, a la par, una crisis de civilización.

* *

En último término, «la libertad», como concepto filosófico, podrá residir en las nubes o, si se quiere, en el cielo luminoso de las ideas... Pero «las libertades», como materia política, constituyen una realidad claramente definida y estructurada en este bajo suelo. La libertad de la persona y del domicilio, la libertad de conciencia, la libertad de palabra y de imprenta, la libertad de reunión y de asociación, son cosas inequívocamente concretadas en las Constituciones y Códigos de los Estados.

Podrá un pueblo disfrutar de esas libertades o carecer de ellas. No podrá decir que ignora en qué consisten. Amplíamente, amplísimamente, usó de todas ellas en la oposición el propio Mussolini. Hoy, a quienes las

piden, podrá desde el Gobierno concederlas o negarlas. Mas no puede razonablemente contestarles que le piden una cosa que está sólo en las nubes.

* *

Frente al problema de la libertad, la posición de Mussolini se parece mucho a la posición de Lenin. En su interesante estudio sobre este último, nos descubre Máximo Gorki el estado de alma del dictador eslavo. ¿Respeto a la libertad de los adversarios del régimen soviético? ¿Derecho a la crítica por parte de los pensadores independientes? «Yo no sé si existen, en realidad, pensadores independientes—replicaba Lenin—. Lo que sé es que hoy en Rusia no los necesitamos para nada.»

Bolchevismo y fascismo, dos fenómenos políticos que, surgiendo en campos opuestos, guardan una profunda analogía espiritual. Los dos son esencialmente antiliberales. Los dos tienen una apariencia de novedad, de modernidad. Ambos responden, en el fondo, a un criterio arcaico, primitivo, y representan la resurrección de métodos políticos que creíamos definitivamente superados.

La dictadura roja despertó en el extremismo revolucionario tantas ilusiones como la camisa negra en el extremismo de la derecha. Se dijo de una y otra, al llegar al Poder, que durarían poco: pero que cada cual a su modo, aunque confusamente, encerraba los gérmenes de una nueva idealidad, fecunda por el porvenir. Doble error. Bolchevismo y fascismo han vivido ya mucho más de lo que se creyó. No es tan fácil sustituirlos, ya que al destruir por la fuerza a las oposiciones hacen como aquellos príncipes orientales que, para asegurarse en el trono, degollaban a todos sus posibles herederos. Pero, en cambio, a medida que perduraron en el Gobierno, lo mismo los Soviets que los fascios fueron dejando de despertar, aun en las conciencias respectivamente afines, una emoción ideal. Se vió que con fórmulas económicas revolucionarias o con un poco de retórica moderna, no traían, en el fondo, más contenido mental que la viejísima doctrina del despotismo.